

¿Derrota o Victoria?

Durante casi un año la agitación en el sector textil venezolano ha sido tal que ha estado permanentemente presente en la discusión de la opinión pública. La huelga nacional de los trabajadores textiles ha sido algo sin precedentes en el país. Necesitamos, entonces, hacer un balance de un conflicto indicador de la ebullición social que existe en Venezuela en medio de la aparente tranquilidad oficial.

Derrota o victoria ¿para quién? es la pregunta de la necesidad de situarse ante cualquier conflicto social. Queremos responder desde la parcialidad del sector habitualmente derrotado en la actual relación de fuerzas. Desde la perspectiva del pueblo oprimido, de los trabajadores, porque estamos convencidos de que esta es la parte que mejor representa el Bien Común que pretenden arrogarse los minoritarios grupos dominantes.

Los actores en escena de este conflicto han sido la Asociación Textil Venezolana (ATV) que agrupa a los empresarios, el Frente Sindical Unido (FSU) que reúne las distintas organizaciones sindicales, y el Ministerio del Trabajo. Entre bambalinas se han movido otros actores; los partidos políticos de derecha e izquierda, distintas instancias gubernamentales —Ministerios de Fomento y de la Secretaría de la Presidencia, Banco Industrial y hasta el propio Premier— la CTV y otros gremios patronales.

¿Por qué tantos sectores se sienten implicados en este conflicto? Lo explica la magnitud económica y política que entraña, tanto por las características de la industria textil, como por la implicación que supone en la estrategia del desarrollo económico nacional.

La industria textil se relaciona con otras ramas de la producción de una manera tal que su situación afecta simultáneamente a otros. Afecta directamente la inversión y el trabajo agrícola algodónero, por una parte, y a la industria de la confección por otra, y sus respectivos sistemas de distribución y mercadeo. Tanto el sector textil directamente, como el agrícola y de confección mencionados son grandes empleadores de mano de obra, por lo que los problemas afectan a miles de familias venezolanas en su vida diaria.

En la industria textil conviven la pequeña, mediana y gran inversión, tanto nacional como transnacional. Su rentabilidad, por tanto, es variada. Dada la característica del mercado venezolano y las facilidades que presta el Estado a esta rama industrial, el empresario textil es, en general, próspero, aunque sus índices de rentabilidad no sean los mejores del mundo.

Es una industria donde el sector financiero, público y privado, de la economía nacional tiene grandes intereses. Mucho se ha repetido como característica del sector textil su alta dependencia del crédito o financiamiento estatal —sólo el empresario León Mishkin ha recibido durante la presente administración más de cien millones de bolívares en créditos y avales—. Igualmente la banca privada está muy vinculada a esta compleja industria.

El problema, sin embargo, no se reduce a estas características de la industria, sino se extiende en sus implicaciones con el modelo de desarrollo nacional. Los problemas que han saltado a la prensa —contrabando, altos costos, límites del mercado interno, escasa competitividad— son reflejo de esa problemática. El empresariado textil ha vivido, y pretende seguir viviendo, en la etapa de mayor proteccionismo estatal a su industria: altísimas inversiones que mantienen amplios márgenes de capacidad ociosa, financiada en muy buenas condiciones por el Estado y protecciones arancelarias para evitar la competencia exterior. Tanto los últimos planes de la nación como la participación de Venezuela en el actual Acuerdo de Cartagena y otros convenios de integración intentan, entre otras cosas, superar esa etapa de proteccionismo y ganancias subsidiadas. Los industriales venezolanos no parecen muy dispuestos a tener que entrar en competencia con otros países latinoamericanos, en los cuales la rentabilidad de la industria es mayor, pues les supondría mejor eficiencia en su inversión, menores márgenes de ganancias anuales y una reestructuración radical del actual sector textilero venezolano.

La política neo-liberal del actual gobierno viene a acentuar los temores de los empresarios. Si se mantiene consistentemente la línea actual —cuestionable y cuestionada desde nuestra perspectiva— de ir eliminando el proteccionismo estatal y generando condiciones para que sea la competencia libre la que obligue a una mayor rentabilidad, la racionalidad económica de los actuales empresarios textiles se verá obligada a cambiar rápidamente. Esta política económica que ha sido criticada por sus efectos perjudiciales para el pueblo en su conjunto, es, también, criticada desde la perspectiva de estos

empresarios, acostumbrados a ganar mucho en poco tiempo, y que no estarán dispuestos a aceptar sin antes mover todas las palancas políticas y económicas para presionar al Gobierno.

Dentro de esta situación se entiende por qué la discusión del contrato colectivo se convierte en una excelente ocasión para medir fuerzas. El problema de los industriales —de los grandes, por supuesto— no era discutir 8, 13 o 20 bolívares de aumento, sino probar hasta qué punto podían quebrar la política laboral del Gobierno, obligándolo a intervenir directamente en la contratación, romper en la práctica, la política económica, obligando al Estado a aumentar su protección financiera para hacerles "soportables" los aumentos del nuevo contrato, y descabezar a un movimiento sindical que ha crecido demasiado. Por eso, aguantaron con aparente indiferencia las presiones sindicales durante los meses de discusión y corrieron los riesgos de una huelga prolongada, intentando poner de su parte las necesidades de tantas familias venezolanas... Eran plenamente conscientes desde un comienzo de que estaban en juego sus intereses más a largo plazo que los tres años del contrato en discusión.

También el sector obrero se jugaba entero en este conflicto. Durante muchos años se ha venido construyendo en la rama textil un movimiento sindical que se aparta del sindicalismo que agobia la mayor parte del movimiento obrero organizado venezolano. Un movimiento sindical que empieza a recuperar la democracia obrera, que se empeña en propiciar la participación real del trabajador en la solución de sus problemas laborales, que se reúne periódicamente, discute, traza objetivos clasistas y no vende contratos.

Este movimiento sindical significa una amenaza para muchos de los actores de este conflicto: para los patronos porque no sigue las "reglas de juego" establecidas por los profesionales de la maniobra sindicalera. Los patronos se han encontrado con un sindicato que presenta un frente común, aunque esté compuesto por tendencias distintas, pues esa línea común es fruto de la discusión democrática madura. Un sindicato que se presenta a la convención con un proyecto de contrato que ha sido discutido previamente por los obreros y que no puede, por tanto, ser negociado a sus espaldas. Un sindicato que es vocero de la base trabajadora, y por eso, ésta es consecuente en las acciones de presión que emprende.

Un sindicato molesto también para los "dirigentes sindicales" acostumbrados a seguir la línea del partido o simplemente sus propios intereses. A ese género de pretendidos dirigentes que aún no se ha extinguido y que en la huelga textil tuvo sus representantes en dos directivos del Sindicato Unico Textil (SUT) de Maracay, que firmaron por su cuenta el contrato, abriendo las puertas a muchos de los despidos que se han seguido.

Un sindicato que ha vencido la tentación de la ultra-izquierda convencida de que la única manera de hacer subir la conciencia de las masas es mediante el enfrentamiento directo con las fuerzas de la represión patronal y sufriendo los rigores de los despidos masivos... Esa pseudo izquierda que empezó a hablar de huelga general antes de iniciar las conversaciones, que prefiere asambleas a base de consignas que de discusión y que califica de traición toda negociación aunque ésta evite despidos o descabezamientos en sus propias filas.

¿Derrota o victoria? Posiblemente nadie puede reivindicar para sí plenamente la victoria, ni sentirse completamente derrotado. Desde el punto de vista político los obreros se anotaron varios tantos: la madurez en la conducción unida del conflicto y la consistencia de numerosos obreros en las acciones, revelan un alto nivel organizativo de un movimiento obrero en crecimiento. Haber logrado romper la unidad del frente patronal y poner de manifiesto las divergencias y "tracalerías" internas de la ATV es también significativo. Igualmente, el hecho de haber logrado convertir al gobierno en intermediario de una huelga que él mismo había declarado ilegal, representa la conquista del derecho a huelga, más allá de los formalismos jurídico-burgueses. Desde el punto de vista reivindicativo se logró también un buen contrato, al menos superior a las expectativas iniciales.

También los costos, con su sabor de derrota, han sido altos: miles de obreros sacrificaron durante meses su ingreso diario al no cobrar horas extraordinarias ni bonos de producción, ni seis semanas de huelga, para mantener su fuerza frente a los patronos. No se han podido evitar despidos de dirigentes sindicales y bastantes obreros. Tampoco se ha logrado hacer que el gobierno tome posiciones firmes frente a empresarios que le deben todo y se niegan a firmar el contrato y que se propongan fórmulas operativas para cambiar de manos el control del sector textil, de acuerdo a los objetivos nacionales, limitándose a una posición "neutral" que sólo ratifica la actual relación de fuerzas.

Victoria, pues, porque se vislumbran signos alentadores y posibilidades reales para la organización popular venezolana. Derrota porque los zarpazos del opresor dejan heridas dolorosas.